

## Testimonio:

# Panamá, entre la violencia y la esperanza

MARIANA AYLWIN O.

**T**uve la oportunidad de ir a Panamá como observadora a las elecciones. Me advirtieron que era peligroso, que había chilenos que habían tenido problemas, que tal vez no sería prudente que en la delegación fuera una mujer... (como si el peligro para las mujeres fuera mayor que para los hombres). Pero obtu-

ve la visa y partí. Confieso que mi motivación era mucho más personal que política. La experiencia panameña me era lejana y casi desconocida. Desde esa perspectiva no podía ser una observadora más imparcial. Salvo que acarrearba conmigo los mitos y prejuicios que uno se forma sin darse cuenta. Así, descubrí que



*Un pueblo resuelto a romper no sólo las cadenas de una dictadura, sino también de la corrupción.*

al menos en mi inconsciente, a pesar de tanto costalazo, aún subsistía la imagen de que los chilenos somos diferentes. Y, en consecuencia, esperaba llegar a una república atrasada de Centroamérica, de esas que se debaten fatalmente entre las dictaduras oprobiosas y la intervención norteamericana. De esas en que sus pueblos viven entre la opulencia de unos pocos y la miseria de los demás. De esas en que las élites se educan afuera y el resto duerme bajo el peso de la noche.

Muchos datos objetivos podrían confirmar que mis prejuicios no eran tan equivocados, sobre todo después de las escenas de violencia tan horribles que los chilenos pudieron ver en la televisión y en los diarios. El Presidente electo, además de que no le reconocen su triunfo, está herido, y uno de los Vicepresidentes fue golpeado brutalmente en la calle por un grupo de matones que actuaron con impunidad ante la vista de los militares. Los testimonios gráficos son irrefutables. También lo es la pobreza y las diferencias entre ricos y pobres.

Y sin embargo, ¿cómo explicar que a pesar de esa realidad, lo que sentí con más fuerza fue una gran esperanza?

Porque lo que conocí fue una experiencia de ideales. Compartí unos pocos días la lucha de un pueblo entero resuelto a romper no sólo las cadenas de una dictadura, sino también de la corrupción. Porque además, me descubrí profundamente hermana y unida a aquella gente miedosa y dolida, a aquéllos emocionados con la victoria, a aquellos temerosos de lo que vendrá... ¡Qué fuerte puede ser la identidad latinoamericana y la defensa de valores universales en suelos distintos!

El pueblo panameño se volvió masivamente a votar bajo

un sol arrasador. Nadie se iba a su casa. Donde hubo intentos de atropellos, la gente se defendió. También hubo alegrías y risas, pero se sentía tensión y sobre todo una enorme desconfianza. Todo ello me pareció cercano. En cada lugar los panameños —como los chilenos unos meses atrás— demostraban su dignidad y su conciencia cívica. Me impresionó la participación de los jóvenes y de las mujeres, y no dejó de impactarme que entre los candidatos había más de 250 mujeres.

La gente volvió a las 5 de la tarde cuando debía empezar el conteo de los votos para cuidar el suyo. El resultado fue sorprendente en favor de la oposición, al menos en una proporción de tres a uno. Parecía imposible acallar la voz contundente de las mayorías. De hecho el gobierno no pudo —como intentó— proclamar vencedor a su candidato y entonces, lo que se inició al atardecer del domingo, fue el robo violento de las actas por grupos civiles armados y luego —bajo el pretexto de que éstas no llegaban a las Juntas de Escrutinio— se decretó la anulación de las elecciones.

Los incidentes fueron acrecentándose. Pero a pesar del riesgo, miles de personas permanecieron toda la noche y todo el día siguiente, sin dormir ni comer, junto a los locales de votación o a los lugares de escrutinio, esperando saber los resultados e intentando evitar el fraude.

Son demasiado complejos los hilos del poder de Noriega. Las vinculaciones con el narcotráfico, la exaltación del nacionalismo y un virulento espíritu antinorteamericano, los grupos paramilitares que los panameños decían estar integrados por extranjeros, son tal vez su base de sustentación.

Pero ¿hasta cuándo podrá mantenerse?

Personalmente me tocó presenciar un grupo de 60 Guardias Nacionales que llegaron en un bus a votar vestidos de civil. Se comentaba que venían de otra escuela donde ya habían votado. Su llegada causó muchos reclamos en el local de votación. Finalmente se les asignó una mesa. Allí el gobierno sacó sólo 29 votos. Eso se repitió, era el comentario de muchos observadores. La verdad es que resulta muy violento un robo de tal magnitud perpetrado por una minoría tan pequeña, frente a la voluntad popular expresada claramente en las urnas y en las calles. Noriega no podrá continuar mucho más, porque este golpe debiera ser mortal para él.

¿Cuál es la disyuntiva?

El pueblo panameño rechaza la intervención norteamericana. Pide, en cambio, el apoyo de los países hermanos, es decir de Latinoamérica.

Y está dispuesto a jugarse. Escenas conmovedoras de mujeres que me decían: "Diga Ud. lo que vió, cuente afuera que no nos van a derrotar..."

La incomunicación interna es total: la oposición no cuenta ni con una radio, ni un diario, ni un canal de televisión. Y sin embargo el pueblo sabía lo que pasaba y está unido en una larga cadena resuelto a terminar con la oprobiosa situación de un régimen inmoral.

La fuerza de esa decisión y la forma en que el pueblo panameño está actuando frente a la violencia son signos de esperanza y no de derrota. El camino que viene es difícil, y no es corto, pero quedé convencida de que no habrá quien pueda detener la voluntad de un pueblo consciente de sus derechos y ansioso de justicia, que —en definitiva— no se debate fatalmente entre la tiranía y la intervención norteamericana. (M)